



El Búho Nº 14
Revista Electrónica de la [Asociación Andaluza de Filosofía](#).
D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.
Publicado en www.elbuho.aafi.es

RELACIONES HEGEMÓNICAS ENTRE LA SOCIEDAD ECONÓMICA Y LA SOCIEDAD CIVIL HOY

Lucio García Fernández

IES "Diego de Guzmán y Quesada"

luciogf@telefonica.net

21 de febrero de 2015

Resumen

Este breve escrito explora las relaciones entre la sociedad civil y la sociedad económica en la actualidad, descubriendo los rasgos fundamentales de la posición hegemónica que subyace al modelo dominante que relaciona economía, política y sociedad. Propone, a su vez, otra alternativa que, vinculando a ambos tipos de sociedad mediante los estados, trata de ordenar sus relaciones de un modo más solidario y cooperativo.

Abstract

This short paper analyzes the relations between civil society and economic society today. It discovers the main features of hegemonic power underlying the dominant model which relates economy, politics and society. It proposes an alternative model which links society and economy through states in order to establish ways of solidarity and cooperation.

Palabras claves: Sociedad civil, sociedad económica, Estado, Neocapitalismo, Poder hegemónico, democracia

Key words: Civil Society, Economic Society, State, Neocapitalism, Hegemonic power, democracy



Introducción

¿Sociedad económica versus sociedad civil? Yo no diría exactamente que esa es la única forma de oposición entre categorías desde la que tratar de comprender la complejidad del mundo actual; aunque sí es una de ellas. Particularmente, me recuerda a la distinción que ya hacía Aristóteles entre sociedad doméstica, en la que se vivía, y sociedad civil, indistinguible aún de la política, y en la que se trataba de vivir bien, aunque sería más correcto decir del buen vivir.

Sin embargo, hoy más bien tendemos a pensar, en principio, que los condicionamientos entre relaciones sociales (sociedad civil) y modo de producción y distribución de bienes y servicios (sociedad económica) son mutuos, como lo son respecto a otras estructuras básicas que componen la condición social de la vida de los seres humanos. Así, desde un punto de vista sistémico, tanto el modo de organización de la producción, como el del orden político, el normativo, como el de las relaciones sociales, el tecnológico o el militar, a los que subyacen en cada época diversas concepciones de pensamiento religioso, filosófico o científico, serían estructuras interrelacionadas entre sí, sobre las que se asientan, en sentido historicista, formas específicas dinámicas en cada época y en las cuales operan los sujetos humanos desde diferentes esferas y diversas posiciones de poder.

1. Capitalismo hegemónico

En todo caso, durante el siglo XX hemos asistido a diversas hibridaciones entre tales estructuras, lo cual, a su vez, nos sitúa en un escenario un tanto diferente al del siglo XIX en



El Búho Nº 14
Revista Electrónica de la Asociación Andaluza de Filosofía.
D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.
Publicado en www.elbuho.aafi.es

el que surgieron las polémicas discusiones en torno a estos principios de las manos de fisiócratas, kantianos, hegelianos, marxistas, socialistas y liberales. Un escenario en el que las nítidas fronteras entre tales ámbitos se han borrado. Así, por ejemplo, el orden económico y el social se han estatalizado en la URSS o la política se ha socializado con el Estado de bienestar, pero, también, las instituciones tradicionales de la sociedad civil han sido penetradas por el brazo extendido del Estado, la Administración civil, hasta sus tuétanos. A la postre, lo que ha perdurado es la conquista del Estado, la Administración y la sociedad civil a manos del orden económico neocapitalista y su lógica: la racionalidad tecno-economicista, hasta el punto de crear un nivel de dependencia de dichos sectores respecto a la economía que amenaza constantemente con el miedo a la incertidumbre del colapso del sistema. Ejemplos de ello lo observamos en tratar a las familias como unidades de consumo o la importancia del presupuesto gubernamental, marcado por la evolución de los mercados, o la defensa de los intereses partidistas y de grupos de interés frente a la identificación de intereses comunes.

De este modo, la dialéctica sociedad económica frente a sociedad civil se caracteriza, sobre todo, por la oposición y resistencia de ciertos sectores de la misma a la colonización, de acuerdo con Habermas, o contaminación de la propia sociedad civil y del Estado y del resto de los ámbitos por parte del neocapitalismo, que reduce las relaciones humanas características y espontáneas de la sociedad civil a elecciones racionales medidas en función de los costes económicos.

A pesar de la indefinición de los límites, el Estado, más que opuesto, como pensaba Hegel, a la sociedad civil, la cual se identificaría con la sociedad económica, parece estar hoy más cercano a la sociedad económica y alejado de la sociedad civil,



hasta el punto de conformar una tríada: poder político, empresarial y financiero, cuya connivencia trata de afirmarse a nivel global, de un modo hegemónico, sobre la base de la mencionada contaminación neocapitalista, que ejercitando una estrategia de bloqueo y descrédito de otras alternativas económicas e ideológicas distintas de la racionalidad neocapitalista, trata de crear un marco de fatalismo economicista.

No obstante, si Hegel tenía razón, en la forma de organización del Estado respecto a la sociedad civil se encuentra la clave del bienestar de los miembros de la sociedad, porque ella supone, por lo menos el elemento intermediario entre sociedad económica y sociedad civil, o incluso la culminación de las relaciones económicas y civiles. Pero, la cuestión del tipo de racionalidad que debe ordenar las diferentes esferas es una cuestión fundamental que completa a lo anterior. En este sentido, se trataría de recuperar la dimensión societaria del Estado, mediante la participación activa de los ciudadanos en las instituciones; así por ejemplo en los partidos políticos y plataformas ciudadanas, que viniera a contrarrestar los restos autocráticos en ellos existentes, como el mejor medio para luchar contra la desafección hacia la política que se practica actualmente y responsabilizar a cada cual de su tarea civil. Y ello porque el rechazo hacia la forma de hacer política actual, por parte de sectores de la sociedad civil, amenaza con generalizarse para convertirse en una contrademocracia. Pero no menos importante es la recuperación de la dimensión de regulador y distribuidor económico del Estado, cada día más perdida.

Dicho sistema neocapitalista solo tiene en cuenta las necesidades y las capacidades humanas, como han puesto de relieve Martha Nussbaum o Amartya Sen, en tanto que puedan servir al propio sistema, que se retroalimenta, abastece e intenta



subsistir de un modo hegemónico frente a otras alternativas, como ya hemos dicho. La consecuencia es el desplazamiento de las consideraciones relativas al sujeto a los grupos o al resultado de la competencia existente en los mismos y su capacidad de influencia sobre las élites de la tríada, y, por tanto, la dispersión de los intereses de la mayoría de los ciudadanos. O su sustitución por fórmulas vacías y puramente estéticas, falsamente hedonistas que alienan, de un modo más sutil y, por tanto, quizás más efectivo, a los individuos.

Sin embargo, cuando la incertidumbre para poder construir la vida personal se extiende hasta límites que ponen en peligro la vida misma, aparecen conductas radicalizadas, en función de sus recursos disponibles de masas de individuos o individuos aislados. Así, migraciones masivas, protestas y manifestaciones constantes, actos terroristas, etc. que muestran claramente los espacios de la guerra económica en la que ha derivado en la actualidad el conflicto humano. Esos espacios son los estados, las sociedades civiles, la sociedad transnacional y el orden político de las relaciones internacionales. Cada día se libran multitud de batallas en esta guerra cuyo clamor y furor es amplificado, tergiversado o ensordecido, según convenga, por los medios de comunicación.

2. Otras hegemonías

En este sentido, otras alternativas que pudieran poner en relación las capacidades y las necesidades de los diferentes sujetos, en la medida en que componen hoy en día categorías esenciales de la vida de los seres humanos, servirían como vías para poder ordenar el sistema económico de otra manera diferente. Que dichas propuestas partan de alguna de las esferas operantes, ya sea de la sociedad civil, del estado, del poder



El Búho Nº 14

Revista Electrónica de la Asociación Andaluza de Filosofía.

D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.

Publicado en www.elbuho.aafi.es

empresarial o del financiero es posible, pero, en todo caso, requerirá de la conquista ideológica del resto de esferas, en el sentido de compromiso de los grupos y sujetos que operan en cada una de ellas en torno a una distribución más equitativa de los bienes, una igualdad de oportunidades, una recuperación del esfuerzo personal como criterio de éxito y una cultura de la justicia basada en la solidaridad entre humanos en cuanto a las necesidades básicas y el establecimiento de las posibilidades reales que las satisfagan y permitan a los individuos desarrollar sus capacidades, sin tutelajes ni paternalismos, sino más bien mediante la educación en la responsabilidad que ser humano supone.

En conclusión, la afirmación de un discurso sobre una futura hegemonía esperanzadora en detrimento de otro sobre la hegemonía realizada, profundamente desencantada para muchos seres humanos. De aquella que excluye de la posibilidad de realizar una vida digna a millones de personas, por otra que tiene como principal objetivo precisamente tal dignidad. Una que se reproduce a sí misma inventando fórmulas para mantener la alienación de la mayoría, frente a otra que convoca a la desalienación mediante la educación moral. No se trata del fin de la historia ni de la paz perpetua, por supuesto, pero sí de la lucha contra la evidencia histórica, mediante un consenso mayoritario que apoye en dicho presupuesto su hegemonía, para permitir establecer una zona de paz, que amortigüe los conflictos, zona lo más duradera posible en el tiempo y amplia en el espacio, para transitar por la vida en un mundo menos prospecto a alimentar frustraciones, sufrimientos y enfermedades personales.



El Búho Nº 14
Revista Electrónica de la Asociación Andaluza de Filosofía.
D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.
Publicado en www.elbuho.aafi.es

El sistema financiero y comercial actual global, basado en un marco general de defensa a ultranza de la economía de mercado y de los beneficios de los grandes inversores, de consumo desbocado y de producción masiva, constituye un escenario que condena a los estados, a las organizaciones, a los grupos y a las personas a un juego de fuerzas, en el que su potencial económico, militar y geopolítico les permite una intervención desigual en el mismo, relegando a muchos de ellos a un papel marginal o directamente a la exclusión. Dicho juego de despilfarro y austeridad amenaza constantemente con la reducción de derechos sociales en países en los que se habían conseguido después de una dura lucha histórica, y aunque, es cierto, que permiten, a su vez, la salida de la pobreza de multitud de personas en otros países, difícilmente consolidan para éstos esos mismos derechos, y cuando lo hacen no se hallan sustentados en instituciones políticas y legales capaces de frenar la posibilidad de su pérdida.

No creo en una especie de comunitarismo que sea capaz de eliminar las relaciones económicas presentes en el ámbito de la sociedad civil hoy por hoy y devolvernos a una vida social articulada desde la espontaneidad de la condición humana. Sin embargo, sí creo en la posibilidad de que el sistema económico hegemónico sea re-estructurado, volviendo a una economía real de bienes y servicios, limitado en su crecimiento mediante la segregación de la especulación más tóxica, que llena de incertidumbre y penalidades la vida de la mayoría de los habitantes del mundo en la actualidad. Que sea regulado a nivel internacional políticamente para distribuir más equitativamente los beneficios a lo largo y ancho del mundo en mínimos innegociables para cubrir las necesidades fundamentales de alimentación, vivienda, vestido, educación, salud, cultura y ocio.



3. El papel de la sociedad civil y del Estado

Y en el sentido apuntado, el papel de la sociedad civil me parece fundamental en la tarea de construir una ética ciudadana mundial que se base en una racionalidad axiológica, es decir, en los valores que razonablemente permiten desarrollar y mejorar la vida de las personas. Dicha ética debe no solamente ser pensada sino querida o incorporada sentimentalmente. Comprometida en denunciar la corrupción, las estrategias subyacentes y las falacias de los discursos políticos y económicos actuales. Pero, el papel de los estados es igual de imprescindible, porque deben proporcionar los medios e instrumentos de la realización y puesta en práctica de dicha moralidad y su consecuente legalidad, y, al mismo tiempo, deben cooperar para crear instituciones políticas internacionales, participativas y no opacas a la opinión pública, efectivas a la hora de domeñar a los sujetos y grupos transnacionales opuestos al bienestar común y capaces de implantar la nueva hegemonía de las dignidades humanas. Es decir, por su propia naturaleza distintas al actual FMI, Banco Mundial, OMC, ONU, Unión Europea, etc.

4. Mirando al futuro inmediato

Necesitamos pues una nueva política a nivel estatal, internacional y transnacional que abra posibilidades comunes y cierre otras indeseables, que sirva al propósito de instaurar un nuevo horizonte de la política, más transparente, esperanzado, basado en el debate público, alejado de los cenáculos de las decisiones que tratan de perpetuar las prácticas autocráticas, capaz de construir desde la pluralidad y el disenso un escenario



El Búho Nº 14
Revista Electrónica de la Asociación Andaluza de Filosofía.
D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.
Publicado en www.elbuhos.aafi.es

común de convivencia, siempre vigilante con las prácticas que minan al sistema consensuado y con las derivas que pervierten el propio compromiso. Pero, es difícil, porque hoy vivimos en una época de incertidumbre y desconfianza, y eso, confianza en nosotros mismos, los ciudadanos, es lo primero que debemos recuperar. Confianza en las mayorías huérfanas de buen gobierno frente a las minoritarias elites que operan falazmente en el marco de los procedimientos democráticos, favoreciendo sus intereses particulares y dando la razón a los que ven en el poder un lado oscuro, que se oculta tras el velo de las declaraciones ante la galería . Porque el otro camino hace tiempo que Hobbes y Marx nos lo indicaron. No se trata de convertirnos en súbditos de un poder omnímodo, de izquierdas o de derechas, sino de convertirnos en ciudadanos de pleno derecho a través de la deliberación y de la participación. Necesitamos conciencia de los intereses en juego –siempre los hay– y racionalidad para subvertir la injusta distribución de riqueza en el mundo, puesta en manos de unos pocos frente a la inmensa mayoría de los que se conforman con un poco y de los desposeídos. No hablo de intereses comunes, sino de identificar tales intereses particulares por la vía de ponerlos en común. Y, de este modo, optar democráticamente por unos u otros, en virtud de una elección transparente y consciente. Se argumentará en contra que dicha elección debe tener sus límites; sí, los de respeto a la dignidad de cualquier ser humano, pero tales límites no pueden utilizarse como obstáculos protectores de los intereses de las élites minoritarias, porque el procedimiento, en este caso, pervierte la sustancialidad del principio en el que se fundamenta.

Al fin y al cabo, los aires democráticos siempre aparecieron en la historia con sentido redentor, catártico y corrector, y esta vez no tendría por qué ser distinto. Arquitectónicamente hablando, la tarea es la de construir un



El Búho Nº 14
Revista Electrónica de la Asociación Andaluza de Filosofía.
D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.
Publicado en www.elbuho.aafi.es

ágora mundial abierta, no sé si virtual, que acabe con el erial de castillos y fortalezas en que hemos ido convirtiendo a la tierra desde las últimas décadas o, que quizás solo por breves periodos abandonamos en la historia. Ágora compleja, con diversas posiciones jerárquicas e intermedias, pero inclusiva, cuya difícil proyección no puede arruinar el esfuerzo de su bello diseño, pero tampoco convertir a los sujetos en masa, más bien arroparlos y darle cobijo para desarrollarse a sí mismos.

Un sueño, quizás sí, pero no imposible; al menos en sus realizaciones parciales. Y al respecto debo señalar que la cooperación es tan connatural a los seres humanos como el conflicto y la competencia; incluso, si la consideramos como un simple instrumento para la consecución de los intereses particulares a través de elecciones racionales. Así mismo, la introspección y la dimensión individual es tan personal como las relaciones con los demás, es decir, la dimensión social o colectiva de los seres humanos, la libertad está tan presente en éstos como la aspiración a la igualdad, la libertad de mercado es tan defendible como la planificación económica, y, observando que los antagonismos nos constituyen, en el punto óptimo de su equilibrio se encuentra la meta de una ética de la inclusión de los diversos seres humanos. Y lo digo en plural porque, como Michel de Foucault nos enseñó, nos seguimos absurdamente empeñando en ordenar nuestro mundo en base a ideologías sustentadas en una antropología monocorde que referencia a Dios, al ser humano, a la sociedad, a la cultura, a la especie o al mercado como unidades absolutas en tanto que compuestas por miembros categóricamente idénticos.